

que se manifestaba en las facciones de una débil jóven, á quien habria despedazado sin piedad algunas horas ántes.

La barca subia el río con bastante rapidez, porque mientras que remaba el batelero, Caboche, saliéndose de su vichero, empujaba con todas sus fuerzas, porque estaba muy impaciente por llegar á su casa, y pensar con libertad en las consecuencias que podría tener todo aquel suceso.

Al cabo llegaron á la estremidad oriental de la isla de la Cité, un poco ántes de ponerse el sol.

La barca se detuvo, todos los pasajeros saltaron en tierra, y Cabache, al través de las callejuelas fangosas y fétidas que del atrio desembocaban al río, condujo á Blanca y á sus compañeras, cuyos piés pequeños resbalaban á cada instante en el fango, ó tropezaban contra las piedras angulosas que en algunos sitios formaban el empedrado.

—Señorita,—dijo á Blanca, que ya habia lanzado algunas exclamaciones de espanto ó de dolor,—este terreno no es bueno para piés tan delicados, y no tengo cabalgaduras que ofreceros sino mis brazos, los que, si quereis, os servirán de litera.

Blanca se ruborizó hasta lo blanco de los ojos, no por la proposicion que se le hacia, sino porque se moria de deseos por aceptar, porque sus pequenitos piés se habian desgarrado cruelmente contra las piedras.

Felizmente Caboche, de acuerdo con la sabiduría de las naciones, pensaba que *quien calla otorga*, y como Blanca no respondió, la alzó en sus musculosos brazos, y la llevó hasta su habitacion, donde fué acogido por los gritos de alegría de todos los suyos, quienes le creían muerto.

—Madre,—dijo poniendo á Blanca en la trastienda, donde se ecshalaba un olor de sangre corrompida, que poco faltó para que asficsiara á la pobre Blanca,—sabad, y no olvideis por vuestra salvacion, que en este momento teneis la felicidad y el honor de ver bajo nuestro techo á una princesa de sangre real, y si os place, tratadla como tal, lo mejor que podais, así como á sus doncellas.

La madre de Caboche se inclinó respetuosamente ante la jóven, y la hermana del capitán se apresuró á ir á preparar el mejor aposento de la casa, mientras que una criada llevaba escabeles para todos, y mientras que el mismo Caboche llamaba á sus mancebos, y les mandaba poner la mesa y llevar vino.

Todo eso se hizo muy pronto; pero Blanca y sus compañeras apenas comieron, porque estaban rendidas por las terribles emociones del día.

—Señorita,—decia Caboche entristecido,—os habia dicho bien que no soy rey ni príncipe; pero por favor no desdenéis al plebeyo que quisiera veros reina del cielo.

Blanca, conmovida por esas palabras le tendió la mano.  
El capitán la tomó con ardor, y poniendo una rodilla en tierra la oprimió contra sus lábios.

De repente una mortal palidez cubrió su semblante, sus ojos se cerraron, sus manos desfallecidas erraron en el vacío, y cayó desvanecido.

Blanca lanzó un grito de espanto.

Uno de los robustos mancebos que acababan de poner la mesa, tomó en brazos á su amo, y lo llevó á una pieza vecina.

—Bah!—dijo volviendo algunos minutos despues,—el capitán estaba cansado. Ha matado tanto hoy!.....

La frente de Blanca se oscureció; pero juzgó conveniente callar, y en silencio fué como ella y sus doncellas siguieron á la hermana de Caboche, cuando esta se ofreció á conducir las á los aposentos que las habian preparado.

## XIV.

Marcelon y Goys.—Blanca y Caboche.—Blanca é Isabel de Baviera.—Es bueno tener amigos en todas partes.—Vuelta del duque de Berry al hotel de Nesle.—Caboche y Tomas de Meroq.

Marcelon, el tesorero á quien dejamos en el último peldaño de la escalera que conducia á los aposentos secretos del duque de Berry, permaneció allí, segun hemos dicho, hasta que concluido el ruido en el hotel, pudo esperar no tener malos encuentros.

A media noche, viendo que un profundo silencio habia sucedido al tumulto, empujó un boton, que dejó resbalar un tablon del enmaderado, y avanzó silenciosamente, tendiendo los brazos, poniendo el oído, y deteniéndose al menor murmullo del viento.

Así llegó á los patios, donde en ese momento reinaba el silencio de la muerte.

Y, como era uno de los mas antiguos servidores del duque de Berry, y como todo el hotel le era perfectamente conocido, llegó á las cocinas, y en medio de las tinieblas, á pesar de la devastacion y del pillage, de que no se escapó ninguna parte de aquella residencia, logró hallar algunas provisiones de boca, de las que se proveyó cuanto pudo, calculando la hambre que él y su preso podian te-

ner que sufrir; porque en las miras de aquel buen hombre, no entraba de ningún modo la de dejar morir de hambre al que había aprisionado tan diestramente; y al contrario, para la ejecución de su proyecto, necesitaba de la vida del terrible carnicero Goys.

Así es que, después de haber aplacado su hambre, y de haberse confortado con un poco de vino, Marcelon volvió por la escalera secreta que conducía de las misteriosas cuevas á los aposentos secretos del duque; bajó y abrió una especie de postigo practicado en la puerta de piedra que tan maravillosamente se había cerrado, para poner entre él y Goys una invencible muralla.

El carnicero estaba tendido en el suelo, y era presa de una especie de furor latiente, que no esperaba más que una causa determinante para estallar.

—Hola, señor!—dijo Marcelon con una voz perfectamente tranquila,—opino que á pesar de que estais repleto con la sangre de tantas buenas gentes, ya debéis tener hambre y sed.

El carnicero saltó como un tigre, lanzando un terrible grito de rabia, y se arrojó, con la cabeza inclinada hácia el punto de donde parecía salir la voz que le llamaba; pero como la primera vez, tropezó contra la pared y cayó hácia atrás.

—Oh!—esclamó el bravo tesorero, quien por el ruido había adivinado lo que acababa de suceder,—no es hora de manifestar semejante cólera, y obrando así desanimáis á todos los que quisieran socorreros. Escuchad. Yo, Marcelon, tesorero á quien con tanta dureza habeis traído al cuarto de los dineros, á la capilla y hasta al lugar en que ahora estais por la justicia divina, no quiero ni que muráis, ni que sufráis mucho; solo quiero teneros en rehenes, con el fin de obtener para el duque de Berry, una feliz vuelta y una plena reparación de los daños que vos y los vuestros le ocasionásteis hoy.

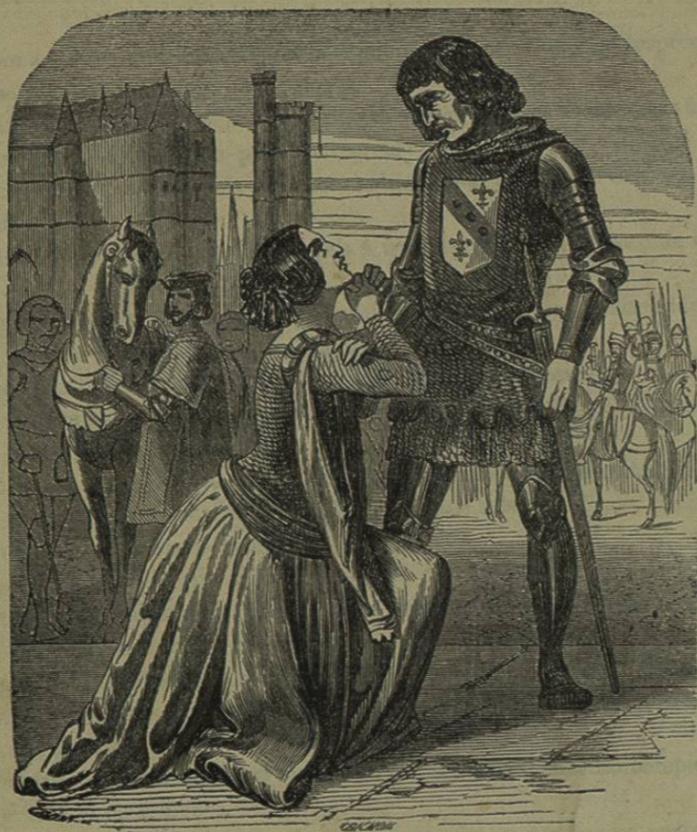
El carnicero se había levantado.

Esta vez se dirigió lentamente y tentaleando, hácia el lugar de donde parecía salir la voz; pero cuando llegó ya el postigo se había cerrado, y como siempre, no halló más que la pared, de lo que se consoló alzando del pié de ella un pan entero, y un botijon lleno de excelente vino.

Marcelon pasó la noche lo ménos mal posible en medio de las ruinas.

Al amanecer recorrió todo el hotel, al que halló completamente abandonado, y luego se puso á investigar para descubrir lo que había sucedido de la muy amada hija del príncipe; porque después de haber recorrido la torre de Nesle, donde sabía que se había refugiado Blanca, y no habiendo encontrado allí más que los cadáveres de cierto número de enemigos, había adivinado fácilmente la mayor parte de la verdad, y lo demás no podía escaparse á su penetración.

Salió del hotel de Nesle por los edificios llamados *Residencia de Nesle*, llegó á la orilla del agua, tomó informes de los pescadores y de los bateleros, y pronto supo que Blanca y sus compañeras, escapadas como por milagro á la carnicería general, habían subido el Sena en una barca, bajo el cuidado del carnicero Caboche, capitán general de la milicia parisiense.



—Oh!—esclamó,—no soy el único que advirtió tomar buenos rehenes. Entonces será fácil un cange, y tendré el gusto de volver á la señorita Blanca á los brazos de su padre.

Una hora despues, el bravo Marceleon se hacia anunciar en casa del capitan general, quien no se sorprendió poco al oír que el tesorero del duque de Berry tuviese la doble insolencia de estar vivo y de atreverse á presentarse á su vista.

En ese momento, Caboche estaba muy enfermo.

Muchas de las heridas que habia recibido eran graves.

Una fiebre ardiente le devoraba, y estaba casi imposibilitado de levantarse de la cama.

Pero en su concepto, la visita de Marceleon era una cosa tan sorprendente, que quiso recibirle, y mandó que le llevasen á su presencia.

—Maese desollador de los pobres,—dijo al ver al tesorero,—me venís á reclamar la cuerda que ha faltado para ahorcaros?

—Eso no seria bueno, señor, y no nos animan mas que buen deseo y buena voluntad.

—Ah! maldito! seguramente me venís á traer las llaves del tesoro de vuestro amo.

—Y por qué no, señor? ¿No habeis probado ayer que esas llaves estarian tan seguras en vuestras manos como en las mias?

—Por el diablo!—esclamó Caboche enderezándose con trabajo,—quereis decir que soy armagnac traidor y maldito, yo que grito viva Borgoña! y que llevo la cruz de San Andrés?

—No quiero decir tal cosa, que os ofenderia, capitan; pero sin embargo, es cierto que, de las riquezas del duque de Berry, habeis salvado la mas grande, sin tener ningun deseo de conservarla.

Caboche comprendió que el tesorero habia descubierto el retiro de Blanca, y se encontró muy embarazado; porque nada habia resuelto sobre este punto, y se sentia incapaz de tomar una resolucion, fuese la que fuese.

Primero, había obedecido á un imperioso deseo de salvar á la jóven, luego, habia sentido una inmensa alegría al tenerla en su casa, pensando en el reconocimiento que le debia.

Pronto esos pensamientos casi le transformaron, lo cual sucedió completamente con el influjo de la fiebre.

—Señor,—dijo,—hemos hecho lo que era preciso, y por eso no pedimos elogios ni reconvenciones.

—Pero no podeis tener la idea de tener en vuestra casa de carnicero á una señorita de tan alto linage, que es la única heredera del tio de monseñor el rey.

—¿Y por qué no? Los derechos de la guerra valen tanto como los de la paz, y ademas, imponen mas estrecha obligacion.

—Pero en todo esto, no teneis en nada la autoridad del duque de Borgoña?

—Le respetamos justamente por el amor que tiene á la justicia, y no es él

quien mandará que sin rescate se pongan en libertad á unas tan ricas prisioneras.

Esa palabra rescate, que en otros tiempos y circunstancias, habria sonado horriblemente al oido del viejo tesorero, le pareció muy agradable.

Conoció que estaba en su terreno, porque él tambien podia escoger rescate, y ya se le hacia tarde por colocarse en la posicion de vencedor.

—Capitan!—esclamó,—no es el duque mi amo quien os rehusaria el rescate, si no tuviese que pedirnos uno superior á los demas.

—A nosotros?—preguntó Caboche.

—A vosotros, respondió tranquilamente Marcelon.

—A los carniceros de Paris!—esclamó el capitan enderezándose como un espectro.

A los carniceros de Paris,—retpendió infaliblemente Marcelon.

—Mientes, perro! Y por eso vamos á tenerte aquí hasta que por una justa sentencia vayas á la horca á espiar tus maldades.

—Señor,—replicó el tesorero sin conmoverse,—la calentura y la cólera son malditos consejeros, y ahora éstas os oprimen demasiado la garganta para dejaros vuestro libre albedrio, por lo cual os aconsejamos mas moderacion, pues tenemos que revelaros una cosa de la mas alta importancia, respecto de la poderosa corporacion de los carniceros, de quienes sois tan digno y valiente gefe.

Caboche se sonrió.

Creyó que Marcelon, de parte del duque de Berry, le iba á hablar del restablecimiento de los derechos y de las franquicias de la municipalidad de Paris; y como segun se ha visto mas arriba, el duque de Borgoña le habia hecho la misma promesa, se gozaba de antemano de la contrariedad del tesorero.

—Señor,—continuó el último, siempre con tranquilidad,—en el estado en que estais, sin duda que no pudisteis saber todo lo que sucedió en el hotel de Nesle?

—Con mil diablos! Entré primero que ninguno en esa guardia de armagnacs, y fui el último que sali; de ahí es que nada se ha hecho sin mí.

—Y sin embargo, no me habeis hallado en otro paso.

—Oh! maese collon! Entónces estariais bien escondido.

—Y con todo, señor, con mi mano poco segura, y sin que uno solo de mis cabellos blancos haya caído de mi cabeza, he capturado á uno de los vuestros, á quien ahora tengo bien guardado, y que no volverá sino á buen cange, y es, para que no lo ignoreis, el mayor de los hermanos Goys, quienes no ceden en riqueza y fama á ninguno de los carniceros de la capital.

—Loro maldito! Y de eso osais alabaros?

—Es porque, respecto de esto, estoy tan sin miedo como sin reproche; porque nadie sino yo puede penetrar en el lugar donde está, y porque, si me sucede alguna desgracia, de cierto que el digno carnicero moriria de hambre, si por desesperacion no se estrellaba la cabeza contra las paredes.

Caboche no oyó esas palabras sin sentir una especie de satisfaccion, porque entre él y el mayor de los hermanos Goys, habia rivalidad de profesion, rivalidad de fortuna, y esto era bastante para que se detestasen mutuamente, aunque militaban bajo la misma bandera.

Conociendo, pues, que siempre seria tiempo para consentir en ese cange, si sucedia que se viese obligado á hacerlo, no pensó mas que en ganar tiempo, y dejando caer su cabeza en la almohada, dijo que en aquel momento estaba demasiado enfermo para tratar convenientemente de ese negocio, y que necesitaba de algunos dias para reponerse ántes de ocuparse de él.

Marcelon quiso insistir; pero sin mas ceremonia el carnicero le señaló la puerta. Sin embargo, no era solo por odio á los Goys por lo que Caboche deseaba tener allí á Blanca.

Obligábale á obrar de ese modo, otro sentimiento que no se confesaba. Era tan linda Blanca!

Tenia tantos encantos su dulce voz, que el carnicero creía escuchar aún!

Caboche, aunque se hubiese hecho matar ántes de convenir en ello, Caboche estaba enamorado!...

El, que era un carnicero, enamorado de la hija de un príncipe de la sangre! Hija natural, es verdad, pero adorada de su padre, quien habia manifestado altamente la intencion de legitimarla.

Para él era un delicioso pensar que aquella jóven encantadora se habia puesto bajo su proteccion, y que estaba allí bajo el mismo techo que él.

Por esto, á pesar de la debilidad y de los dolores que le acosaban, en cuanto Marcelon partió, se levantó para ir á saber de su jóven y bella huésped.

Blanca habia pasado una noche muy agitada.

Hallábase rodeada de sus doncellas, todas muy tristes, cuando la madre de Caboche fué á preguntarle si permitia á su hijo fuera á informarse de su salud.

Blanca, bajando los ojos, respondió que estando el capitan en su casa, no tenia que pedir á nadie permiso para hacer en ella su voluntad.

Casi inmediatamente se presentó Caboche.

—Era un cuadro singular el que formaba aquella modesta y tímida jóven, roja y trémula de emocion, ante la enérgica figura del carnicero, quien mas embarazado de su situacion que aquella dulce paloma, enrollaba su capirote en sus anchas manos, sin atreverse á dar un paso, y sin encontrar una palabra que decir.

—Señor,—le preguntó ella con su dulcísima voz,—me venis á anunciar mi libertad?

—Señorita,—respondió Caboche,—nunca habeis sido mas libre que en este momento; y para asegurarnos de ello, podeis mandarnos lo que os agrade, porque aquí no teneis mas que sirvientes.

—Pues bien! Puesto que tanto os afanais por ser nuestro amigo, os rogamos

que procureis hacer saber al duque de Berry lo que ha sucedido, á fin de que en este caso nos conformemos con su voluntad, y que os pague el rescate que querais.

—Rescate!—dijo el capitán enderezándose vivamente,—Oh! señorita, que esa villana palabra no la diga una boca tan linda! Decid vuestra voluntad y la haremos con alegría. Pero no podeis ignorar que el duque de Berry y yo, militamos bajo distinta bandera.

Blanca lanzó un profundo suspiro, y Caboche se preguntó mentalmente si estaba seguro de que los burguiñones valian mas que los armagnacs, lo cual no habia dudado hasta entónces.

Como se acaba de ver, se necesitaba mucho para que sus ideas fuesen claras.

Antes habia hablado de rescate al viejo tesorero, despues se indignaba de oír pronunciar por Blanca aquella villana palabra; y en el modo con que sus robustas manos atormentaban el capirote, era fácil conocer la perplegidad en que estaba sumergido.

Lo que mas deseaba en ese momento, era ganar tiempo.

Las cosas, en el desórden en que se hallaban, le parecian lo mejor arreglad as en el mejor modo posible.

No imaginó nada mejor que decir á su encantadora prisionera, sino que, puesto que tal era su voluntad, él se conformaria con ella, fuera cual fuera el peligro que tenia de pasar por un traidor; pero que en aquel momento, era casi imposible saber donde estaba el duque de Berry.

—Yo lo sé! . . . exclamó Blanca.

Caboche se mordió los labios, pero no podia retirar su palabra.

La jóven continuó:

—Ayer acampaba cerca de Saint Cloud, y me hizo saber que seguramente dentro de ocho días, no abandonaría ese lugar, habiendo resuelto hacer una buena y honrosa paz con los burguiñones.

—Iré,—dijo Caboche con resignacion.

Pero, como durante esa conversacion se habia estado de pié, y como la mucha sangre que habia perdido la víspera era causa de que estuviese muy débil, apenas hubo pronunciado esas últimas palabras, cuando se doblaron sus rodillas y sus ojos se velaron.

Tendió las brazos como para buscar un apoyo, y cayó sin sentido á los piés de la jóven.

A los gritos de ésta y de sus doncellas, acudieron la madre y la hermana de Caboche.

Echáronle agua en el rostro, y esto fué bastante para volverle el uso de los sentidos.

Luego, apoyado en dos de sus robustos mancebos, el carnicero capitán volvió

á su cuarto, dejando á Blanca muy inquieta de ver en aquel estado al único personaje que podia hacerla salir de la singular posicion en que se hallaba.

Pero se engañaba, pensando que el solo que se ocupaba de ella era el robusto capitán.

Marcelon, despues de no haber conseguido nada con Caboche, no se dió por vencido, é inmediatamente se dirigió al hotel de San Pablo, resuelto á hablar al duque de Borgoña, proponiéndose, si no obtenia de él satisfaccion, ir á ver á los hermanos de su prisionero, con el fin de que proporcionasen los medios de obligar á Caboche á aceptar el cange que le proponia.

Juan-sin-Miedo recibió á Marcelon con benevolencia.

Lo que en ese negocio habia querido el príncipe, era destruir el resto de popularidad que podia haber conservado el duque de Berry, y esto lo habia logrado completamente; pero que, por su autoridad privada quisiera el capitán general de los vecinos tener en su casa á la hija del duque, era cosa que no podia sufrir.

Mandó, pues, llamar á su capitán de guardias, y le dió órdenes para que Blanca fuese llevada á su residencia, lo cual se hizo al instante, con gran desesperacion de Caboche, quien, tan débil como estaba, se encolerizó con el duque de Borgoña, quejándose de su ingratitud y amenazándole con hacerle arrepentir.

—Ahora, señor,—dijo Juan-sin-Miedo al tesorero á quien habia detenido en su presencia,—id inmediatamente á volver la libertad al bueno y leal súbdito Goys, y podeis hacer saber al duque de Berry, vuestro amo, que no teniendo hácia él, caro tío nuestro, mas que buenos sentimientos, nos afligimos de que el heraldo enviado por él, haya causado esta fatal querella; pero que, sin embargo de esto, vamos á arreglarlo todo, para que sin ningun obstáculo pueda volver á Paris, de donde sentimos mucho ver que se alejaba.

No era cosa muy facil volver la libertad á Goys, porque Marcelon no queria dejar penetrar á nadie en aquellos lugares misteriosos, donde, como se ha visto, estaban depositados unos barriles llenos de oro y de plata, y presentándose solo delante de su prisionero, corria el gran riesgo de que éste, furioso por haber caido en el lazo, se vengase cruelmente.

Pero Marcelon era hombre de espedientes.

Su sangre fria no le abandonaba nunca, y no habia peligro que nó fuese capaz de afrontar, para llegar al fin que se habia propuesto.

Volvió, pues, al hotel de Nesle, bajó á las cuevas por la escalera secreta y fué á abrir el postigo de piedra á cuyo traves habia dado al preso su pan y su vino.

Goys acababa de vaciar su castaña, cuando sintió que un aire fresco le bañaba el rostro.

Inmediatamente se levantó del barril adonde estaba sentado, y se adelantó hácia el punto por donde parecia que penetraba ese aire exterior.

Escucha!—le gritó Marcelon que le oyó andar;—no des un paso mas ántes de haber oido lo que voy á decirte.

El preso se detuvo.

Hasta aquí, la violencia le habia probado tan mal, que quiso probar la docilidad.

—Hablad, pues!—respondió deteniéndose.

—Dentro de una hora,—continuó el tesorero,—tocando con la mano las paredes del desagradable reducto en donde estás encerrado por tu culpa, hallarás salida; habiéndola pasado, encontrarás otro reducto semejante; haciendo lo mismo hallarás otro, y de ahí á la escalera por la que irás al patio por un camino que conoces. Consientes en esto?

—Por el diablo! Eso es lo mismo que preguntar á un enfermo si quiere aliviarse.

—Pero al otorgarte la libertad,—replicó Marcelon,—queremos imponerte condiciones.

—Dilas en el acto, maldito!

—En primer lugar, maese saqueador y asesino, no robarás nada de lo que está al alcance de tu mano.

—En tal lugar no pueden estar mas riquezas que las de Satanás; y no las tocaré, porque á semejante precio, no quiero perder mi alma.

—En segundo lugar, ni á mí ni á nadie harás violencia ninguna.

—Ah! En cuanto á eso, necesitare moderarme los puños un poco; y así lo haré para no castigarte.

—En tercer lugar, no te quejarás con nadie de lo que te ha sucedido, y no revelarás á nadie el lugar donde estás ahora, segun lo juraste sobre los Santos Evangelios.

—No tengo mas deseo sino el de salir de aquí para no volver jamas á este camino del infierno, por donde no haré pasar á ninguno.

—Lo juras?

—Por mi salvacion.

—Ahora, silencio, y no te muevas ántes de una hora.

No dejaba el cautivo de temer alguna mistificacion; pero la esperanza le dominaba y la razon venia en su ayuda.

Porque, ¿puesto que se le tenia tan bien guardado, y que era tan fácil hacerle pasar de aquella cueva á los inmensos campos de la eternidad, de qué habria servido darle víveres y prometerle una libertad con la que ya no contaba?

Esperó, pues, y como no tenia otro medio de medir el tiempo, sacó de su bolsillo un rosario de cuentas gruesas, objeto de que en aquella época no se separaban ni hombres de bien ni pillos, y oró, sabiendo precisamente por una larga experiencia, cuanto tiempo duraba cada oracion.

Pasada la hora, se levantó, siguió á derecha é izquierda las paredes de la cueva, y apenas hubo andado algunos pasos, cuando con gran júbilo suyo, halló la salida que le fué anunciada.

En cuanto á lo demas, el programa fué puntualmente seguido; y un poco ántes de ponerse el sol, Goys, quien se habia creído enterrado para siempre bajo las ruinas de aquel palacio real, salia de él por el puente que conduce á la *Residencia de Nesle*.

Una hora despues abrazaba á sus hermanos, quienes le habian creído muerto.

Mientras tanto, Blanca habia sido conducida ante el duque de Borgoña, y de allí á la residencia de la reina Isabel, quien sabiendo lo que habia sucedido en el hotel de Nesle, quiso ver á aquella pobrecilla, cuyo honor habia corrido un peligro tan grande.

—Querida,—la dijo Isabel sonriendo,—me han dicho que tuvisteis mucho miedo cuando os visteis en manos de tan rudos justadores como lo son los carniceros de Paris, hombres valientes que arrojan llamas por los ojos.

—Señora y reina, el miedo lo tuve ántes; pero no duró, y en medio del mas grande peligro, estuve tranquila y resuelta, lo cual puede atestiguar el capitan Caboche.

—Sí! sí! Simon Caboche, el terrible matador.... Querida, no es verdad que es hermoso?..... Niña! no bajeis los ojos, y dejad que vuestro corazon palpite con libertad.... Caboche es hermoso, no es cierto?

La pobre Blanca se puso encarnada como una cereza, y bajó los ojos sin poder responder.

Isabel no insistió.

Aquella pura niña la impuso respeto....

Esa dominacion era la de la virtud....

Pero en la misma noche, se presentó en casa de Caboche un enviado del hotel de San Pablo, y al dia siguiente el capitan de los carniceros, despues de una larga audiencia que tuvo con la reina, bajaba el rio en una barca que del hotel de San Pablo le trasportaba á su casa.

Mientras pasaba todo esto, el duque de Berry, quien lleno de desaliento permanecia en los alrededores de Saint Cloud, recibia sucesivamente la visita de Marcelon y la de un enviado especial del duque de Borgoña, quienes le anunciaron que era libre de volver á su hotel de Nesle, donde desgraciadamente no hallaria mas que ruinas.

Con todo, á la relacion que hizo el fiel tesorero, añadió algunas palabras que el duque no pudo oír sin que un rayo de alegría iluminara su semblante.

—Todo?—preguntó á Marcelon.

—Todo, monseñor.

—Partámcos, pues,—continuó el duque,—porque estoy muy cansado, y ansío por seguir aquella buena vida que á mi edad no debí dejar.

Pero Marcelon insistió tanto, que el duque consintió en esperar algunos dias, mientras que se disponian para recibirle algunas habitaciones de su antigua residencia.

Grande fué la alegría causada por la vuelta del príncipe.